

La Racionalidad en perspectiva: tramas convergentes en el contexto de la pandemia

CARLOS A. ZAVARO PÉREZ*

Facultad de Ciencias Naturales y Museo – Universidad Nacional de La Plata
Facultad de Ciencias Exactas y Naturales – Universidad de Belgrano

Resumen

Entre los emergentes de la pandemia originada por el coronavirus, los discursos ocupan un lugar central y develan la diversidad de racionalidades que hemos sido capaces de construir como especie y que comprende desde un pensamiento mágico/esotérico, hasta un saber experiencial que converge en el concepto de sentido

Abstract

Different speech have been rising during the pandemic caused by coronavirus that show the diversity of rationalities that we have been developed during our history as a specie. Some of them are the magical and obscure thinking and a particular experiential knowledge that converges on the concept of common sense, as a

* Magister en Ciencias en Biodiversidad Vegetal, con mención en curatoría (Academia de Ciencias de Cuba), especialista en Docencia en docencia universitaria otorgado por la UNLP, miembro de la Carrera de Doctorado de la Fac. Cs Nats y Museo de la UNLP., Docente-Investigador del Dpto. de Plantas Vasculares del Museo de La Plata. Investiga en temas vinculados a la Filogenia de plantas parásitas, taxonomía y sistemas jerárquicos, epistemología y sociología de la ciencia. Es Docente-Investigador de la Universidad Nacional de La Plata en la cátedra de Introducción a la Botánica, También enseña Sistemática de Plantas Vasculares en la Facultad de Ciencias Naturales y Museo de la UNLP. Es Profesor Adjunto de la Facultad de Ciencias Exactas y Naturales de la Universidad de Belgrano en las cátedras de Evolución, Conservación y Educación Ambiental y Habilitación Profesional. Tiene una amplia obra publicada en revistas especializadas y capítulos de libros.

común, aun cuando éste constituye un modo de colonizar el pensamiento que, con la complicidad de los medios de comunicación, han instalado la falsa antinomia entre salud y economía. En este contexto la racionalidad científica cobra un rol protagónico no sólo en la producción de un conocimiento riguroso que ha contribuido a la gestión de la crisis permitiendo vislumbrar un escenario pospandémico con la obtención de una vacuna, sino también contribuyendo a deconstruir los pensamientos oscurantistas y oportunistas que han proliferado bajo esta coyuntura, apostando al desarrollo en la comunidad de un pensamiento racional y profundamente crítico.



type of social colonized awareness. In this context, scientific rationality has taken role not only in the production of rigorous knowledge that has contributed to the management of the crisis, allowing a glimpse of a post-pandemic scenario with obtaining a vaccine, but also contributing to deconstruct obscurantist and opportunistic thoughts that have proliferated under this conjuncture, betting on the development in the community, of a rational and deeply critical thinking where it is possible to place hope.

Introducción

La pandemia originada por el coronavirus, que se ha dispersado en poco tiempo como resultado de la hiperconectividad asociada a la aeronavegación comercial, ha paralizado prácticamente al mundo -al menos durante los primeros meses- y con esa parálisis ha originado un colapso de la economía mundial que ha sido imputado a la cuarentena, aun cuando ésta pareciera ser la medida más eficaz, hasta el momento, para contener al virus.

Si bien esta coyuntura ha ido mutando, flexibilizándose en Europa y América del Norte a la vez que se impone una idea de normalidad que pareciera -al menos por el momento- constituir una ficción, el número de nuevos casos sigue en aumento, conllevando a una saturación del sistema sanitario, que ha provocado que los decesos se contabilicen por cientos de miles, incluso en aquellos países que integran la nómina de los más desarrollados. En Sudamérica por otra parte, el impacto del virus ha sido subestimado por algunos gobiernos de la región que, en consonancia con el discurso instalado, han priorizado la economía por sobre la salud, sin que a pesar de ello el saldo sea prometedor en uno u otro aspecto, mientras que aquellos que imponen ciertas modalidades de

aislamiento, están interpelados por cierta disconformidad social respecto de este tipo de medidas, a pesar de no cesar, al presente, la escalada de casos.

Las razones que parecieran influir en este tipo de comportamiento tanto a nivel individual como comunitario, así como los argumentos que sustentan la toma de decisiones respecto de la pandemia, y que impactan en la manera en que se gestiona la crisis a escala local y planetaria son muy variadas, pero en ellas pareciera existir un denominador común, que constituye uno de los temas que nos atraviesa como seres sociales en sentido histórico: la racionalidad. Reflexionar en torno a ésta como categoría de análisis, y como rasgo inmanente de nuestra relación con el entorno, constituye el propósito de estas líneas a fin de abordar la diversidad de lecturas que hemos construido en relación a la pandemia y que en cierta medida modulan, dialécticamente, el escenario en el que ésta se desarrolla.

La racionalidad en perspectiva histórica

Conocer el entorno que nos circunda y encontrar respuestas a la multiplicidad de interrogantes que nos genera, ha sido una necesidad inscrita en la génesis de nuestra historia como especie. En ese contexto hemos ido desarrollando una diversidad de racionalidades que, entendidas como construcciones de sentido, constituyen un conjunto de intersubjetividades disímiles desde donde es posible comprender una realidad que, además, está atravesada por la dinámica de las tradiciones culturales en la que esas construcciones se originaron y perpetúan.

Si bien esta capacidad de razonar de manera consciente se remonta a los albores de los eventos de hominización que demarcaron nuestra evolución como especie, la racionalidad, rasgo que nos es inmanente, excede a la dimensión biologicista, contribuyendo paulatinamente a conformar pautas de conducta y ritualidades que, ancladas al entorno en que las diferentes culturas fueron gestándose, dan cuenta de los vínculos que nuestros antepasados establecieron con el ambiente (Malinowski, 1948) y con una diversidad de deidades que fueron evocadas -y morfo-

lógicamente representadas- en correspondencia con elementos propios de ese entorno, tal como devela la enorme diversidad de cosmogonías (Frazer, 1944) que son patrimonio de los pueblos originarios y de la humanidad en su conjunto. A esas deidades les fue subrogado el dominio y la responsabilidad de todo aquello que les resultaba inexplicable (Zavaro, 2018), apelando a ellas como intercesoras ante lo inalcanzable.

Estas nuevas racionalidades, y los diferentes tipos de conocimiento que, en cierta medida, nos han ido apartando cada vez más de esa naturaleza de la que provenimos y a la que hemos logrado desnaturalizar en la misma medida en que nos autoproclamamos como dioses totipotentes, nos ha llevado a reemplazar ese conocimiento mágico primigenio - que nos conectaba con lo indiscifrable- por un saber científico que, transformado en tecnología, nos ha catapultado a la cúspide de la escala biológica controlando -y depredando- todo cuanto nos rodea.

Este modo de concebir el entorno, que es también cultural (Leff, 2000), contribuyó a configurar, a lo largo del tiempo, nuevas formas de utilizar sus recursos, conformando tradiciones y relaciones sociales que, a su vez, fueron derivando en sistemas socioeconómicos y políticos muy disímiles que, desde los sistemas tribales hasta las civilizaciones feudales y precapitalistas más complejas (Hobsbawm, 2009) han ido sustentándose en relaciones asimétricas de poder, basadas en la acumulación de recursos y de capital (Sanoja y Vargas-Arenas, 2000) y que en épocas más recientes han terminado convergiendo en variantes de un capitalismo cada vez más globalizado (Leff, 2010) fundado en criterios de producción, y perpetuado en indicadores de crecimiento para el desarrollo, que ha fomentado la desigualdad (Arrighi, 2008), el deterioro ambiental (Tommasino et al, 2001) y una crisis social sin precedentes que ha sumido a gran parte de la población en una situación de vulnerabilidad extrema.

Del conocimiento mágico al desconocimiento

Aun cuando la modernidad pareciera haber dejado atrás los imaginarios anclados a ese pensamiento primigenio, hoy en cierta parte de la sociedad continúan circulando discursos de tipo esotéricos que, en relación a la pandemia, resultan controversiales y que han encontrado en las

redes sociales un vehículo para su difusión. Si bien el auge de las redes ha contribuido a la democratización de la palabra y de la información (Alconchel, 2014), debido a que la circulación de mensajes acontece de manera horizontal y sin censuras respecto de la posibilidad de opinar en torno a cualquier tema de interés general, e incluso, la “temperatura social” es medida en atención a la magnitud del tráfico de ciertas palabras que son utilizadas como indicadores del impacto que tienen algunos temas en la opinión pública (Prieto Gutiérrez, 2011), marcando la centralidad de uno u otro, éstas se han constituido en un poderoso aliado de lógicas que, basadas en razonamientos erróneos, terminan instalando un sentido que, lejos de estar sustentado en argumentos verificables, se basa en apreciaciones poco confiables y en la construcción de significados que -como mínimo- resultan peligrosos para el comportamiento social, por el trasfondo oscurantista y cuasi medieval en el que arraigan.

Los mensajes son variados. Algunos muestran al virus como un castigo divino, mientras que otros cuestionan -en en las antípodas- su existencia o su letalidad, basándose en estadísticas poco confiables y en una lectura exitista de experiencias no verificables, que terminan difundiendo el uso de ciertos brebajes para evitar contraer la enfermedad, alentados por supercherías e información errónea sobre tratamientos y medicamentos, que incluso, resultan perjudiciales a la salud y que se amalgaman con advertencias erróneas sobre el peligro que revisten las vacunas (Salleras, 2018) que son impulsadas por los llamados movimientos antivacunas cuyos razonamientos parecieran, cuanto menos, delirantes.

También circulan, por esas mismas redes, comentarios sobre la ineficiencia de la cuarentena, una medida que es asociada a ideas de tipo conspirativas, en las que identifican una suerte de estrategia desplegada por la confabulación de ciertos poderes internacionales para instalar un nuevo orden mundial orientado a someter a la humanidad a partir de la liberación intencional del virus, cuyo origen sería resultado de una creación transgénica de laboratorio. Este tipo de mensajes, altamente volátiles, se reproducen y difunden instantáneamente, horadando el sentido común e instalándose en él imaginario social, a tal punto, que terminan traccionando movilizaciones contra el confinamiento que, en conse-

cuencia, contribuyen a aumentar la circulación del virus, y por lo tanto la propagación de la enfermedad.

Los medios en la construcción de sentido

No son únicamente las redes sociales las que contribuyen a instalar sentido en la sociedad, los últimos años han sido testigos del fenómeno de las llamadas *fake news* (Waisbord, 2018) que han logrado otorgar cierta legitimidad a situaciones que, lejos de estar basadas en hechos concretos e información veraz, han logrado construir una idea de realidad viciada por falsedades sostenibles en base a falacias como mecanismo de una lógica insustentable pero que, paradójicamente, encuentra cabida en una parte de la sociedad que termina adhiriendo acríticamente. Un fenómeno que devela que la elección por parte de la población de un determinado medio de comunicación no siempre está orientado a buscar en ellos información confiable que les permita analizar la realidad, sino opinión que consolide sus prejuicios y concepciones político-ideológicas.

Bajo esta lógica, gran parte de los medios operan injertando en la comunidad un pensamiento lineal de causalidades concatenadas -pero despojadas de sus complejidades emergentes- desde donde es posible colonizar la subjetividad de los lectores y espectadores apelando al sentido común. El mecanismo consiste en montar una puesta en escena, convocando a personalidades y especialistas en ciertos temas que terminan siendo desautorizados por periodistas y opinadores que, a pesar de no ser expertos, cancelan los debates cuando los argumentos basados en la experticia de los invitados contradicen sus opiniones. Esta dinámica reduccionista termina por reafirmar el sinsentido en que se sustentan muchos de estos imaginarios que, basados en falacias de autoridad por el reconocimiento que pareciera le es conferido a quienes ocupan cotidianamente las tapas y pantallas en esos medios, se le niega la legitimidad -desde esas mismas pantallas y micrófonos- a quienes son convocados por acreditar trayectorias verificables en el tema. La estrategia, que excede el espontaneísmo casual, constituye un modo de corporativizar a sujetos que terminan encontrando relaciones de pertenencia en un tipo de mensajes que repiten posteriormente de manera literal, a tal punto

que es posible de rastrear los medios que consumen a partir de los titulares que reproducen, sin que muchas veces puedan explicar el significado de las palabras y los conceptos que expresan.

No es el apego a la información y al análisis de la realidad desde una óptica desprovista de intereses la que motiva la manera en que hoy suelen proceder muchos medios de comunicación en el mundo, que más que instituciones consagradas en informar, constituyen empresas enfrascadas en disfrazar de información veraz ciertos temas y noticias que terminan por imponer en defensa de sus propios intereses (Ramonet, 2013). En este sentido, estas empresas de la información y el entretenimiento han “operado” en relación a la pandemia, instalando -en la comunidad- la idea de que ha sido la cuarentena y no la crisis generada por el coronavirus, la causante de la debacle económica, que no obstante, es presentada como responsabilidad de los gobiernos. Las estadísticas, en relación al caso argentino, dan cuenta de una situación menos compleja que la suscitada en los países centrales de Europa y Norteamérica y en la gran mayoría de los países de la región; sin embargo, los medios nacionales han insistido en presentar al aislamiento como interminable a pesar de ostentar cifras de contagio y decesos muy inferiores a los restantes países con los que se compara y en los que, aun cuando han evadido el confinamiento estricto, han sufrido de igual forma una importante caída en sus indicadores económicos y comienzan a atravesar una nueva oleada de contagios.

Son los intereses que resguardan, los que orientan el discurso que difunden. Intereses que, a su vez, esconden propósitos económicos, y en consecuencia políticos, hostigando y descalificando a los referentes de algunas fuerzas políticas -en particular de las llamadas populistas-, a sindicalistas y a dirigentes sociales (Francia, 2020), en tanto protegen y blindan a las de otras, y que en defensa de esos intereses insisten en presentar la idea de que la cuarentena -hoy devenida en un aislamiento bastante flexibilizado en el país- viola las libertades individuales respecto de la libre circulación, vulnerando los derechos humanos y la democracia misma. Estos imaginarios, que también son amplificadas y difundidos por las redes, terminan instigando movilizaciones contra la “infectadura”

que después son instaladas como noticia por esos mismos medios para mostrar el descontento de la población por la situación, a pesar de que quienes se movilizan constituyen una porción minoritaria de la sociedad que, no obstante, con este accionar pone en peligro las medidas tomadas para evitar el colapso del sistema sanitario.

Del Sentido común al buen sentido

Desde ese mismo sentido común que son capaces de instalar estos medios debería entenderse que si el virus circula en la medida en que circulen las personas, y que son éstas las que se contagian a través del contacto entre unos y otros, el confinamiento debería sostenerse en la medida de lo posible para evitar que siga extendiéndose la epidemia, por lo que no resultarían éticas las campañas sostenidas para instalar -falsamente- que la crisis económica es resultado de la cuarentena, ya que la economía argentina estaba devastada mucho antes de ésta como resultado de una inflación en ascenso producto de un mecanismo de toma de deuda (la mayor otorgada en la historia del FMI, incluso transgrediendo las normas de su carta estatutaria) seguido de una fuga de capitales (Basualdo, 2020), que terminó por traccionar, a la baja, la mayoría de los indicadores económicos y de vaciar las arcas de la Nación, con un impacto, a la suba, en el riesgo país y drásticas consecuencias para la sociedad, al potenciar la desigualdad social con un aumento inusitado de la pobreza que ha sido resultado de la pérdida de trabajo y del quiebre de numerosas empresas familiares que, al menos en el país, representan una parte importante del sustento de la economía.

Es cierto que la pandemia ha paralizado prácticamente a la economía (Bonomelli, 2020, Manzanelli et al., 2020) y en particular a cierto sector de la sociedad que ha sido diferencialmente castigado por ésta en tanto ha estado históricamente vulnerado en sus derechos (de Sousa Santos, 2020) ya sea por vivir mayoritariamente en la informalidad, sin un trabajo estable o por trabajar de manera ocasional o en relación de dependencia en pequeñas y medianas empresas (PyMEs) que hoy están saturadas por deudas, a pesar de los ingentes esfuerzos del gobierno nacional por sostenerlas a través de instrumentos como el Ingreso Familiar de Emergencia (IFE) o el Programa de Asistencia de Emergencia al Trabajo y la Producción, en el marco del cual, el Estado contribuye con

el pago del 50% de los salarios de los empleados privados. Es cierto que muchas de estas empresas y comercios necesitan reabrir sus puertas como expectativa para una reactivación económica, y que muchos laburantes -que viven de changas y trabajo ocasional- no llegan a cubrir sus gastos con la ayuda estatal lo que genera cierta incertidumbre y hasta una sensación de hastío, en tanto la pandemia aun no parece llegar a termino en el corto plazo, a pesar de existir resultados alentadores respecto de diferentes vacunas, pero también es cierto que volver a un escenario de normalidad no sólo incrementaría el número de contagios, sino que pondría al borde del colapso al sistema de salud a pesar de haberse duplicado, durante los primeros meses de la cuarentena, el número de camas disponibles.

Por otra parte, han sido las clases más postergadas -que usualmente conforman el conjunto de los trabajadores- y las clases medias, las que han sostenido los servicios esenciales y la producción en las fábricas, en las PyMEs y en la atención de los supermercados durante toda esta etapa; esas mismas clases son quienes han puesto en evidencia el rol protagónico que desempeñan en el sostenimiento de la economía y de la trama social, al ser quienes -con su trabajo- producen e incrementan el capital de unos pocos y traccionan la economía. He ahí una de las razones por la que la clase dominante reclama la reactivación económica, en tanto no suelen ser los empresarios quienes se exponen a contraer el virus por la utilización del transporte público o por el contacto directo con otras personas en espacios reducidos donde es inevitable la aglomeración, siendo que el riesgo es mayor porque una parte de esas clases trabajadoras vive en barrios postergados e históricamente marginados donde imperan condiciones precarias de vida, sin acceso a agua potable y cloacas y en los que resulta difícil de eludir el contagio, debido a las condiciones de hacinamiento que imperan en muchas de esas barriadas.

La parálisis, no obstante, no es un dato privativo de la Argentina, sino que se ha manifestado de manera similar a escala planetaria con una enorme recesión económica y una caída de la casi totalidad de los indicadores relacionados con el crecimiento. Sin embargo, más allá del dato, sería prudente analizar las causas por las cuales el crecimiento del pro-

ducto bruto interno (PBI) sería un buen indicador, en tanto esa expansión no sólo está sustentada en un modelo extractivista (Gudynas, 2010) que poco tiene de sustentable, sino que lejos de representar una redistribución de la riqueza entre todos los miembros de la sociedad y un mejoramiento de la calidad de vida en un estado de bienestar, usualmente significa una mayor presión para el ambiente, fomentando la polarización del capital en la fracción más concentrada de la sociedad que, bajo el modelo neoliberal imperante, termina por profundizar las diferencias sociales (Navarro, 2020).

Sostener el ritmo de producción constituye el mayor interés del poder real, un poder que a menudo designa a la superestructura política o, al menos, financia sus campañas proselitistas, especialmente cuando se trata de gobiernos de claro corte neoliberal. Son entonces estos intereses los que suelen fomentar el discurso de algunos medios respecto de la antinomia crisis vs cuarentena, no sólo porque persigan el propósito de reactivar el mercado y con él la economía, sino porque esta disyunción se presenta como una apuesta a fomentar el descontento de la población, perfundiendo en el imaginario social la idea de que la existencia de esta crisis económica y sanitaria es resultado de una crisis de autoridad en la gestión de los intereses comunes.

Las frases de algunos periodistas en los medios de comunicación hegemónicos y las declaraciones de algunos miembros de una parte de la oposición desmemoriada, dan cuenta de ello y forman parte de una estrategia que pretende socavar la subjetividad, cuestionando la toma de decisiones del poder ejecutivo e intentando obturar el funcionamiento legislativo, con razonamientos basados en sinsentidos como forma de frenar el avance de la agenda votada por la sociedad, una manera de crear, a su vez, condiciones necesarias para intentar posicionarse favorablemente en las elecciones de medio término con el favor de un parte de la clase media desprovista de conciencia de clase.

Colonizar el sentido común de la sociedad, en particular de aquellos sectores menos ilustrados y con un capital cultural (Bourdieu, 1987) más escaso que muchas veces es producto de la desigualdad de oportunidades, ha sido una de las estrategias más exitosas de las clases dominantes en tanto terminan habitando en sus oprimidos (Freire, 1975), con el

logro inestimable de conseguir que esos sectores terminen enarbolando mensajes que son contrarios a sus propios intereses. No es casual entonces que las ideas dominantes en cada época sean, precisamente, las de la clase dominante (Marx y Engels, 1974), que ha conseguido, incluso, que las dominadas terminen exponiendo sus vidas con una alta probabilidad de contagiarse, en este contexto de pandemia, por salir a las calles a manifestarse en custodia de una democracia que no está en peligro, pero que defienden desplegando comportamientos que -a las claras- resultan antidemocráticos. De esta manera, el mecanismo engendra en sí mismo el oxímoron de difundir un discurso que, orientado a avanzar en contra de los gobiernos progresistas -con el amparo y la complicidad de los medios hegemónicos de comunicación-, impugnan el funcionamiento de la república invocando principios republicanos que, paradójicamente, no están dispuestos a cumplir.

Esta idea del sentido común ha sido ampliamente desarrollada por Gramsci (1971) como forma en la que se expresan los modos de dominación social en términos históricos. Una racionalidad que suele ser presentada como un acuerdo tácito orientado por la lógica y la causalidad, pero que, contrariamente, instala, en la población, ciertos significantes a través de mensajes que se presentan como obvios y consiguen consenso, pero que constituyen un modo de hackear la racionalidad. En contraposición al sentido común, el autor desarrolla la idea de buen sentido, presentándola como una praxis racional (Bravo, 2006) que es heredada del contacto cotidiano del hombre común con la realidad (Burawoy et al., 2014) a la que transforma con su accionar y que a su vez lo transforma. Una experiencia que es capaz de conducir a una auténtica comprensión de la complejidad y que está cargada de una gran sensibilidad de lo colectivo, devenida en vehículo para la deconstrucción crítica de lo coyuntural como forma de entender la urdimbre que subyace bajo ese contexto. La necesidad histórica de contribuir a la construcción de una intersubjetividad racionalmente crítica, también interpela la pertinencia del conocimiento científico en esta gesta que, siendo riguroso y metódico por naturaleza, no sólo contribuye a aproximarnos a la realidad sino que, bajo estas circunstancias, desempeña un rol relevante para la sociedad.

De la racionalidad científica

La ciencia constituye una manera particular de comprender el mundo y de explicarlo, un modo de construir una racionalidad que, a diferencia del sentido común, no se conforma con el uso de las palabras sino que reconoce tras ellas la existencia de conceptos precisos, y en ellos, modos de construir significado en los que subyacen las razones que operan como argumentos y explicaciones, esto es, las causas implícitas que condicionan la diversidad de fenómenos en que se manifiesta la realidad. En esta necesidad de explicar nuestro entorno a través de la razón, se han formulado diversas lógicas que coexisten en consonancia con la perspectiva cartesiana (Fernández et al., 2006) en que esa realidad es pragmáticamente subdividida (Méndez, 2000) y que constituye un punto de partida en la distinción entre objeto y sujeto de conocimiento y en el modo en que ese objeto puede ser reconocido y conocido (Rojas, 2017) por aquellos sujetos que al nombrarlos, le asignan entidad más allá de su existencia objetiva.

Si bien la ciencia ha sido entendida como el paradigma del conocimiento y presentada por el positivismo como un saber incuestionable, constituye un modo de construir sentido atravesado por la subjetividad de los investigadores (Kornblihtt, 2001), por la perspectiva epistemológica desde donde se elaboran los argumentos, por los marcos teóricos que condicionan la formulación de los enunciados y por la diversidad de metodologías de trabajo que están condicionadas por las tradiciones de cada campo disciplinar (Becher, 1993). Aun cuando hoy está aceptado que el conocimiento científico es provisorio, y por lo tanto es susceptible de verificación permanente (Asensi-Artiga y Parra-Pujante, 2002), éste difiere del saber experiencial -que suele ser transmitido por generaciones sin que las experiencias en las que ancora requieran ser explicadas- por criterios de demarcación que se basan en un sistema sofisticado de fundamentaciones que está mediado por la rigurosidad y requiere de la legitimación de pares que dominan el campo de conocimiento en el que se inscriben las hipótesis a validar y los métodos que se utilizan para ello.

En este sentido, la ciencia ha contribuido a lo largo de las últimas centurias a promover un tipo de racionalidad que ha derivado en un conocimiento cada vez más exhaustivo de lo óntico y que al ser transferido en tecnología, ha contribuido sinérgicamente a desarrollar nuevas herramientas y conocimientos especializados que nos han permitido - como civilización- desarrollar grandes áreas del saber como la informática, la nanotecnología y la biotecnología, entre otras, con el impacto que además ésta tiene en la medicina, la economía, la educación, la conectividad, los sistemas de transporte y otras tantas y muy diversas esferas de la vida.

Los últimos meses no obstante, han representado un enorme desafío para la comunidad científica que tradicionalmente ha producido conocimiento bajo modalidades en la que son los miembros de cada campo disciplinar quienes definen los temas de investigación, asignan prioridades, evalúan el modo en que se otorga el financiamiento para llevarlos a cabo y aceptan y evalúan los resultados que han de ser publicados como forma de validarlos. A ese modo de producción de conocimiento académico (Vessuri, 1994) al que se ha rotulado como modo 1, se ha impuesto en los últimos años un modo alternativo -conocido como modo 2- en el que es la sociedad, a través de agencias intermedias, organizaciones no gubernamentales e incluso a través de la opinión pública o de entidades internacionales de financiación, quien ha comenzado a influir en la manera de establecer las prioridades en ciertos temas, y en función de éstas, redirigir las políticas de financiamiento del Estado -y otras entidades- hacia líneas prioritarias, como una forma de orientar la investigación en torno a las demandas más urgentes de la comunidad.

Esta manera de vincular ciencia y sociedad, aglutina diversas modalidades en la gestión de la llamada ciencia posacadémica (Jiménez-Buedo, 2009) que han contribuido a trazar estrategias de desarrollo capaces de garantizar el abordaje de problemáticas, en los países periféricos, que, no sólo atañan a la soberanía del conocimiento en esas regiones del mundo, sino que además, no suelen ocupar el interés de los países centrales donde muchos de esos investigadores se especializan y quienes en la elección de los temas en los que se forman, terminan eligiendo aque-

llos que resultan relevantes para el primer mundo. La dinámica está incentivada por la posibilidad de sostener en el tiempo el vínculo con esos grupos de investigación, pero engendra en sí misma la reproducción de una colonialidad (Lander, 2000) en la producción del saber que, si bien puede ser resignificada en sus países de origen, adecuando los saberes adquiridos a la coyuntura local, este emprendimiento requiere de un esfuerzo que no siempre es valorado por la comunidad académica, salvo que existan políticas estatales que lo promuevan.

En este sentido, la pandemia ha fijado en el último tiempo las prioridades, y si bien éstas son compartidas por la mayoría de las academias a nivel mundial, no en todos los países se ha logrado coordinar una estrategia de investigación que permita producir conocimiento de calidad y respuestas eficientes a la coyuntura en corto tiempo. A diferencia de la mayoría de los países de nuestra región, la Argentina ha conseguido varios aciertos en muy pocos meses. En primer lugar se logró establecer el genoma de las diversas cepas que se encuentran en circulación en el país (Pardo et al., 2020), lo que ha permitido no sólo profundizar en el conocimiento del virus, sino poder establecer las cadenas de contagio, las relaciones filogenéticas existentes entre las cepas y en consecuencia reconocer las mutaciones encontradas en ellas, contribuyendo con esta información a estudios epidemiológicos que impactan en la toma de decisiones y en la formulación de algunas premisas que son relevantes para la obtención de una vacuna efectiva.

Otro de los logros ha estado relacionado con la capacitación de profesionales en tiempo récord en el uso de técnicas sofisticadas como la PCR (proteína C reactiva) a fin de poder descentralizar el procesamiento de las muestras de hisopado, lo cual fue central en el inicio de la pandemia en relación al diagnóstico de la enfermedad en pacientes con síntomas compatibles y al rastreo de los casos cercanos. También se logró generar un kit de diagnóstico de producción nacional que, incorporando una tecnología de tipo colorimétrica sumamente económica, tiene una sensibilidad compatible con la de las PCR, lo que multiplicó la capacidad de testeo y diagnóstico, permitiendo aislar tempranamente a los pacientes leves o asintomáticos (que de otra manera eran difíciles de

detectar) y a sus contactos estrechos, contribuyendo con ello a restringir el virus, más allá de encontrarse en fase de circulación comunitaria.

La obtención del suero hiperinmune equino también ha constituido otro de los avances del sistema científico en relación al tratamiento de la enfermedad que, por otra parte, constituye una novedad en relación a los tratamientos que se han ido desarrollando en diversas latitudes del mundo, y que en cierta medida replica los fundamentos del suero de paciente convaleciente, insertando una proteína que -producida como respuesta inmune al virus- permitiría producir anticuerpos en poco tiempo, lo que pareciera prometedor en el tratamiento incluso de pacientes leves y que es posible de llevar a gran escala al utilizar el organismo de los caballos como una fábrica natural de suero, sin que afecte la salud de los animales. Además no sólo se han comenzado a desplegar estudios para la obtención de una vacuna de origen nacional, sino que prestigiosas instituciones del mundo han confiado en la rigurosidad de la ciencia argentina para la evaluación de diferentes vacunas en ensayos de fase III e incluso en el caso de la vacuna de Oxford se ha comenzado la producción destinada a Latinoamérica en la sede del laboratorio AstraZeneca radicado en el país.

Estos logros, han sido posibles gracias a la excelente formación universitaria de los profesionales argentinos, al fortalecimiento que ha tenido el sistema científico en las últimas décadas tanto en equipamiento como en la formación de investigadores en diversos campos disciplinares, a pesar de que durante la gestión del macrismo se produjo un notable desfinanciamiento del sector (Filmus, 2019) que incluso degradó el Ministerio de Ciencia y Tecnología -fundado durante el ciclo de gobierno kirchnerista- a Secretaría, una decisión que fue revertida como parte de las primeras medidas del gobierno de coalición de Alberto Fernández y que ha puesto de manifiesto la relevancia que hoy se le otorga a la ciencia en el actual proyecto de país.

Bajo esta coyuntura se ha comenzado a consolidar nuevamente una triada que, fortaleciendo los vínculos entre los investigadores y el Estado -que ha logrado interpretar las necesidades de financiamiento del sector con la inversión de recursos en temas de investigación cuyos resultados

podrían impactar de manera inmediata en transferencia tecnológica-, incorpora a esa simbiosis el aporte de las grandes empresas, de los laboratorios farmacéuticos y de las PyMEs, entre otros actores del sector privado, para la fabricación de productos relevantes en la gestión de la pandemia, un modo de desarrollo del conocimiento que es compatible con el modelo de triple hélice (González de la Fe, 2009).

El desarrollo de software asociado a la sistematización de los datos de la pandemia, al monitoreo de la circulación de las personas en los medios de transporte y a la gestión de las camas de internación; la producción de barbijos que son realizados con telas antivirales capaces de inactivar al virus en pocos minutos; la producción de un repelente en spray que impide la adhesión del virus a las diferentes superficies; la producción de respiradores -que constituyen un recurso básico en el tratamiento de enfermos graves en las unidades de terapia intensiva, aliviando el sistema sanitario y reduciendo notablemente los costos de adquisición por dejar de importarse- y la producción de los test colorimétricos de diagnóstico rápido y de los test serológicos, son algunos ejemplos que dan cuenta de esta simbiosis y de la importancia del conocimiento en el desarrollo y la diversificación de la matriz productiva con el impacto que -a futuro- podría tener en el mercado de exportación.

El lugar del saber

El prestigioso desempeño que ha tenido la ciencia argentina en este escenario de pandemia, tal como es posible concluir de los párrafos anteriores, le ha valido el reconocimiento de la comunidad internacional, que le ha asignado un escaño de referencia en el podio que integran los países más desarrollados respecto de la gestión del conocimiento. Esta relevancia que se le asigna al saber sabio y la certeza en torno a la necesidad de vincularse con otros saberes, hoy representa -para los académicos- un nuevo reto y constituye una demanda moralmente explícita que les obliga a trascender la actividad cotidiana asociada a la investigación y a la transferencia tecnológica, para asumir un rol protagónico en la construcción de sentido, no sólo en el campo disciplinar en el que han logrado acumular trayectorias verificables que son convalidadas por los

pares que lo integran, sino también por la sociedad en su conjunto que es quien ostenta la autoridad para reconocerles como intelectuales.

Un intelectual (Naidorf et al., 2010), no obstante, no debería imaginarse como un sujeto distante y ajeno a las necesidades y sentires de la sociedad en la que vive, sino como alguien que, formando parte de ella y con la capacidad de entender de manera reflexiva los procesos que la atraviesan, es capaz de formar opinión en una rama del conocimiento en particular y de impactar -directa o indirectamente- en la construcción de sentido a nivel social. Un científico, escritor, periodista, filósofo, dramaturgo, etc., comprometido, es aquel que no sólo es capaz de identificarse con una causa determinada -que puede ser ideológica o en última instancia partidaria-, sino que además, aun considerándose o no un intelectual orgánico (Gramsci, 1967) y responder a la defensa de los intereses de aquel sector con el que se identifica, sea explícito en su compromiso con la honestidad de pensamiento y por lo tanto capaz de renunciar a la posibilidad de manipular a la sociedad a través de la palabra, instalando falsos mensajes que usualmente son contrarios a los intereses colectivos, lo que no es menor en tiempos en los cuales fenómenos como las *fake news* parecen haber sido naturalizados, a pesar de constituir una estafa y una inmoralidad cultural.

En este sentido, una estrategia orientada a promover el pensamiento crítico, desarrollando en la sociedad la capacidad de analizar la coyuntura y problematizarla, implicaría al menos tres procesos que, aun cuando operan a escalas distintas, lejos de ser excluyentes pueden ser entendidos como complementarios: la alfabetización científica, la divulgación del conocimiento y la construcción dialógica de sentido entre saberes de diferente naturaleza. No se trata, no obstante, de abonar a una posición positivista que ha sido predominante en otras épocas y ha entronizado a los intelectuales en un lugar que no corresponde, y menos aun asumir al conocimiento científico como paradigmático, relegando a otras formas de conocimiento a lugares de menor prestigio, sino de promover una aproximación al conocimiento de la realidad desde una racionalidad capaz de indagar y cuestionar los mensajes que circulan por todos los canales de comunicación, reconociendo como provisorios,

incluso, a aquellos saberes que han sido legitimados por la academia e incorporando en esta síntesis el buen sentido y el valor de la empiria reflexiva, aunque desterrando de esa perspectiva aquellas racionalidades de tipo mágico-esotéricas, oscurantistas, falaces e intencionalmente inconsistentes, que por su falsedad terminan siendo nocivas para el conjunto de la sociedad y para su sostenibilidad futura.

Recapitulando...

La historia de nuestra especie nos remonta a la génesis de una racionalidad, que asociada a diversos procesos culturales como forma de construir sentido y pensamiento simbólico, contribuyeron a la diversificación de los modos en que comprendemos y nos relacionamos con el entorno, y que incluye desde un pensamiento mágico, esotérico y religioso, que fue capaz de conectarnos con lo inexplicable y primigenio, hasta un saber experiencial y cotidiano, y un conocimiento científico que, por su rigurosidad, constituye un modo de interpretar intersubjetivamente la realidad que ha sido central en la comprensión y la gestión de la pandemia provocada por el coronavirus.

Si bien en este contexto han emergido muy diferentes discursos que dan cuenta de la complejidad de la situación y de la diversidad cultural que nos es inherente, algunos mitos y razonamientos oscurantistas e incluso malintencionados han comenzado a aflorar, modulando el sentido común en la sociedad y transformando sentires y acciones que son incentivadas por un sector concentrado que, en custodia de intereses económicos y políticos que no suelen explicitar -pero que subyacen en gran parte de los mensajes que circulan por las redes sociales y los medios de comunicación-, imponen una lógica que ha contribuido a instalar una falsa dicotomía entre salud y economía y que, en medio de la pandemia, ha traccionando marchas en contra de la cuarentena -y del gobierno- bajo consignas falaces en relación a su ineficacia o a la supresión del estado de derecho, lo que no sólo constituye un sinsentido, sino que se ha convertido en uno de los factores que han provocado el aumento en la circulación del virus, disparando las cifras de contagio con el riesgo que ésto pudiera ocasionar en el sistema sanitario.

La ciencia, no obstante, en muy poco tiempo, ha logrado responder positivamente a esta coyuntura con avances notables, tanto en la producción de conocimiento sobre el virus y sobre sus efectos colaterales, como en relación a la búsqueda de métodos de diagnóstico rápido y de tratamientos eficaces para combatir la enfermedad, lográndose el desarrollo de diferentes vacunas a un ritmo que, si bien resulta atípico en relación a las tradiciones disciplinares de las academias, da cuenta de su capacidad de respuesta ante la emergencia y de la relevancia que tiene este tipo de conocimiento que además, bajo la coyuntura actual, interpela a científicos, académicos e intelectuales en general, respecto del compromiso a asumir con la construcción colectiva de una nueva racionalidad, crítica y profundamente humanista, en la que es posible depositar la utopía de un futuro posible.

Referencias Bibliográficas

- Alconchel, Gabriel (2014) "Impacto de las redes sociales sobre el debate político", *Anduli*, 13, 29-42.
- Arrighi, Giovanni (2008) "Globalización y desarrollo desigual", *Mundo Siglo XXI. Revista del Centro de Investigaciones Económicas, Administrativas y Sociales del Instituto Politécnico Nacional*, 13, 5-17.
- Asensi-Artiga, Vivina y Parra-Pujante, Antonio (2002) "El método científico y la nueva filosofía de la ciencia", *Anales De Documentación*, 5, 9-19.
- Basualdo, Eduardo (2020): *Endeudar y fugar: Un análisis de la historia económica argentina, desde Martínez de Hoz hasta Macri*. Argentina, Buenos Aires: Siglo XXI.
- Becher, Tony (1993) "Las disciplinas y la identidad de los académicos", *Pensamiento Universitario*, 1(1), 56-77.
- Bonomelli, Graciela (2020) "La pandemia del Coronavirus y su impacto sobre el comercio internacional: una mirada sobre el mundo y Argentina", *Revista Integración y Cooperación Internacional*, 30, 5-12.
- Bourdieu, Pierre (1987) "Los tres estados del capital cultural", *Sociológica*, 2(5), 11-17.
- Bravo, Nazareno Juan (2006) "Del sentido común a la filosofía de la praxis: Gramsci y la cultura popular", *Revista de Filosofía*, 53(2), 1-17.
- Burawoy, Michael; Hernández Cervantes, Josafat; Álvarez Agüi, Nuria; Álvarez Peralta, Miguel (2014) "La dominación cultural, un encuentro entre Gramsci y Bourdieu", *Gazeta de Antropología*, 30(1), art. 14.
- de Sousa Santos, Boaventura (2020): *La cruel pedagogía del virus*. España, Madrid: Ediciones Akal.
- Fernández, Oscar; Cárdenas Pedro Pablo y Mesa, Fernando (2006) "Rene Descartés, un nuevo método y una nueva ciencia", *Scientia et Technica*, 3(32), 401-406.
- Filmus, Daniel (2019) "La situación de la ciencia y la tecnología en Argentina. Realidad y desafíos", *Análisis Carolina*, (21), 1-13.
- Francia, Juan Luis (2020) "Medios de comunicación y neoliberalismo en Argentina", *Disjuntiva*, 1(1), 40-47.
- Frazer, James George (1944): *La Rama Dorada*. México, DF: Fondo de Cultura Económica.
- Freire, Paulo (1975): *Pedagogía del oprimido*. México, D.F.: Siglo XXI.
- González de la Fe, Teresa (2009) "El modelo de triple hélice de relaciones universidad, industria y gobierno: un análisis crítico", *Arbor*, 185(738), 739-755.
- Gramsci, Antonio (1967): *La formación de los intelectuales*. México, DF: Grijalbo S.A.
- Gramsci, Antonio (1971): *El materialismo histórico y la filosofía de Benedetto Croce*. Argentina, Buenos Aires: Nueva Visión.
- Gudynas, Eduardo (2010) "Imágenes, ideas y conceptos sobre la naturaleza en América Latina", *Cultura y naturaleza*, 267-292.
- Hobsbawm, Eric (2009): *Formaciones económicas precapitalistas*. México, Itztapalapa: Mújica S.A.
- Kornbliht, Alberto (2000) "Objetividad y subjetividad en el conocimiento científico", *Medicina*, 61(2), 232-234.
- Jiménez-Buedo, María y Vielba, Irene (2009) "¿Más allá de la ciencia académica?: Modo 2, ciencia posacadémica y ciencia posnormal", *Arbor*, 185(738), 721-737.
- Lander, Edgardo (2000): *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectivas latinoamericanas*. Argentina, Buenos Aires: CLACSO, Sur-Sur.
- Leff, Enrique (2000) "Espacio, lugar y tiempo: la reapropiación social de la naturaleza y la construcción local de la racionalidad ambiental", *Desarrollo e Meio Ambiente*, 1, 57-69.
- Leff, Enrique (2010): "Globalización, ambiente y sustentabilidad", en Leff, Enrique (Comp.): *Saber Ambiental. Argentina. Buenos Aires: Siglo XXI, pp. 1-8.*
- Malinowski, Bronislaw (1948): *Magia, Ciencia y Religión*. Buenos Aires, Argentina: Planeta Agostini.

- Manzanelli, Pablo; Calvo, Daniela y Basualdo, Eduardo (2020) "Un balance preliminar de la crisis económica en la Argentina en el marco del Coronavirus", *Documento de trabajo FLACSO*, 17. 1-24.
- Marx, Karl y Engels, Friedrich. (1974): *La ideología alemana. Crítica de la novísima filosofía alemana en las personas de sus representantes Feuerbach, B. Bauer y Stiner y del socialismo alemán en sus diferentes profetas*. Uruguay, Montevideo: Ediciones Pueblos Unidos, 5^{ta} Ed.
- Méndez, Evaristo (2000) "El desarrollo de la ciencia. Un enfoque epistemológico", *Espacio Abierto*, 9(4), 505-534.
- Naidorf, Judith; Martinetto, Alejandro; Sturmiolo, Silvina y Armella, Julieta (2010) "Reflexiones acerca del rol de los intelectuales en América Latina", *Education Policy Analysis Archives*, 18, 1-45.
- Navarro, Vicente (2020): *Neoliberalism, globalization, and inequalities: Consequences for health and quality of life*. London: Routledge.
- Pardo, Agustín María; Schuster, Claudio David; Palomino, María Mercedes; Turjanski, Adrián y Fernández Do Porto, Darío Augusto (2020) "El genoma del coronavirus", *Química Viva*, 19(2), 1-14.
- Prieto Gutiérrez, Juan José (2011) "Herramientas para el análisis y monitoreo en Redes Sociales", *International Review of Information Ethics*, 16, 33-40.
- Ramonet, Ignacio (2013): "Medios de comunicación: ¿un poder al servicio de intereses privados?", en: De Moraes, Denis; Ramonet, Ignacio y Serrano, Pascual (Comp.): *Medios, poder y contrapoder. De la concentración monopólica a la democratización de la información*. Argentina, Buenos Aires: Biblos. pp. 47-66.
- Rojas, Sergio (2017) "La cosa que piensa: una lectura de las Meditaciones Metafísicas de Descartes", *Revista de filosofía*, 73, 299-316.
- Salleras, Lluís (2018) "Movimientos antivacunas: una llamada a la acción", *Vacunas*, 19(1), 1-3.
- Sanoja, Mario y Vargas-Arenas, Iraida (2000) "El proceso de acumulación en las sociedades precapitalistas", *Fermentum*, 10(27), 61-84.
- Tommasino, Humberto; Foladori, Guillermo y Taks, Javier (2001) "La crisis ambiental contemporánea", *Sustentabilidad*, 9-26.
- Vessuri, Hebe (1994) "La ciencia académica en América Latina en el siglo XX", *Redes: Revista de estudios sociales de la ciencia*, 1(2), 41-76.
- Waisbord, Silvio (2018) "Truth is What Happens to News", *Journalism Studies*, 19, 13, 1866-1878.
- Zavaro, Carlos (2018) "¿Saber sobre la Naturaleza o Naturaleza del Saber? La ciencia y la filosofía como lectura de la realidad", *Ludus Vitalis* 26(50), 275-278.

Humanitas 39

Se terminó de imprimir en el Departamento de Publicaciones
de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNT,
en el mes de diciembre de 2020

Tucumán, República Argentina

Mercedes del Valle Leal

Presentación

Elena Acevedo de Bomba

Prólogo

ENSAYOS

Susana Maidana

El rol de la filosofía en tiempos de pandemia. Sus conjunciones y disjunciones

Diego Andrés Reynaga

Coordenadas / Aproximaciones críticas al posicionamiento del/a cientista social en la construcción del conocimiento en el contexto pandémico

María Soledad Balsas

Giuseppe Messina

Gabriele Paolo Smeriglio

El impacto del COVID-19 en el mezzogiorno italiano

María Camila Guerra

La problemática de Violencia de Género en contexto pandémico. Un análisis multidimensional

Beatriz Garrido

Noemí Liliana Soraire

Paula Aráoz

Pandemia y violencia contra las mujeres: La Ley Micaela en Tucumán y las demandas feministas

Ezequiel Salum Arquez

Reflexiones para un tiempo-espacio pos abismal

Carlos A. Zavaro Pérez

La Racionalidad en perspectiva: tramas convergentes en el contexto de la pandemia

Fabián Silva Molina

Las Humanidades como herramientas de resistencia frente al neoliberalismo

Álvaro Pino Coviello

Matheus Hingst Tavares

La universidad que conocíamos no vuelve más Estudio de caso sobre una disciplina remota en la UFPR durante la COVID-19

Jorge Gutierrez

Sebastián Fernández

Déborah Saientz

Las posibilidades de lo contingente: reflexiones y proyecciones en relación con la formación docente en artes

Marco Rossi Peralta

La arquitectura tecnosocial de las redes sociales hegemónicas: Facebook e Instagram

Cristina Varisco

Reflexiones sobre el desarrollo en la pospandemia

Magdalena Zerpa

Cuerpos virtualizados: Reflexiones sobre la enseñanza universitaria de la danza contemporánea en tiempos de Pandemia Covid19

CREACIÓN LITERARIA

María del Carmen Pilán

Decisión

(Microrrelato)

RESEÑAS

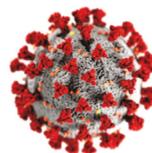
María José Ale

"21 lecciones para el siglo XXI" de Yuvaí Noah Harari

Elena Acevedo de Bomba

"Anna"

de Niccolò Ammaniti



HUMANITAS 39

Reflexiones sobre la **pandemia de covid-19** y las consecuencias para la humanidad



HUMANITAS

Facultad de Filosofía y Letras
Universidad Nacional de Tucumán

ISBN 978-987-754-255-4



9 789877 542554